

## ***La importancia de no ser idéntico a nadie para el mundo internacional***

**Virginia RODRIGUEZ BARTOLOMÉ**

APPIAH, Kwame Anthony, *La ética de la identidad*, Ed. Katz, Buenos Aires, 2007.

[Título y año de publicación de la edición original: *The Ethics of identity*, 2005]

SEN, Amartya, *Identidad y violencia. La ilusión del destino*, Ed. Katz, Buenos Aires, 2007. [Título y año de publicación de la edición original: *Identity and Violence: The illusion of Destiny*, 2006]

El año pasado, la editorial Katz editó por primera vez en castellano las, entonces, últimas obras de dos reconocidos pensadores sociales<sup>1</sup>. El vínculo entre ambas, abordando una dimensión tan particular del ser humano, sugiere de entrada, la búsqueda de una conexión entre ellas. La conexión es más que evidente como veremos al abordar el contenido de las mismas. Dialogan en una complementariedad que aborda, con ello, la gran mayoría de las cuestiones que pueden surgir al amparo del término identidad. Ambos entienden la identidad del mismo modo, lo que hacen en sus respectivas obras, es presentarla como una categoría de análisis relevante para las reflexiones que pretendan analizar el mundo de hoy. Casi tan significativa como esta coincidencia en cuanto al contenido del término, puede serlo la aparente divergencia en cuanto a su procedencia (geográfica) y formación (en diferentes disciplinas). Si calificamos de aparente esta divergencia es porque a la experiencia de un filósofo de origen ghanés, y un economista indio, subyace un nexo común. Y al esclarecerlo estamos haciendo lo propio con el contenido mismo de lo que ambos entienden por identidad. Una buena forma de dar inicio a esta reflexión, consiste en recordar en unas pocas líneas *quiénes son* los autores de estas obras.

Kwame Anthony Appiah es actualmente profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de Princeton y del Centro Universitario para los Valores Humanos. Nacido en Londres, de padre ghanés (uno de los más relevantes activistas de la independencia de Ghana) y madre británica, creció en Ghana, hasta que regresó a Gran Bretaña para estudiar y finalmente licenciarse y doctorarse en

Filosofía por la Universidad de Cambridge. Desde entonces ejerce como profesor, investigador y ensayista de filosofía, estudios africanos y afroamericanos. Su obra de 1992 *In my father's house* se considera un clásico de los estudios culturales.

Amartya Sen se presenta él mismo, del siguiente modo, en sus páginas<sup>2</sup>:

*"[...] Puedo ser al mismo tiempo asiático, ciudadano indio, bengalí con antepasados bangladesíes, residente estadounidense o británico, economista, filósofo diletante, escritor, especialista en sánscrito, fuerte creyente en el laicismo y la democracia, hombre, feminista, heterosexual, defensor de los derechos de los gays y las lesbianas, con un estilo de vida no religioso, de origen hindú, no ser brahmán y no creer en la vida después de la muerte (y tampoco, en caso de que se haga la pregunta, creer en una "vida anterior") [...]."*

Cabe añadir que fue Rector del Trinity College, que en 1998 ganó el Premio Nobel de Economía. Además, sus aportaciones teóricas en el campo de la economía del desarrollo, han tenido un peso sustancial en la formulación de un indicador estadístico formulado por la ONU: el Índice de Desarrollo Humano.

Evidentemente, el nexo que tal como decíamos, subyace en la experiencia de ambos, es el de haber llegado a convertirse en dos importantes e influyentes pensadores, con un peso específico dentro de la academia anglosajona...habiendo nacido bajo el mandato colonial británico en sus respectivos lugares de origen. Ambos fueron testigos del fin del mismo, pero se saben beneficiarios de una doble herencia cultural cuya importancia reiteran en su vida y obra.

Este tipo de reflexiones pueden remitirnos, de entrada, a otras disciplinas. Si resultan importantes para las Relaciones Internacionales, se debe a afirmaciones como la siguiente: *"El cultivo de la violencia asociada con los conflictos de identidad parece repetirse en todo el mundo cada vez con mayor persistencia [...]"*<sup>3</sup>. Esta afirmación es uno de los lugares comunes más habituales al hablar del mundo internacional. El proceso así culminado lo inició Huntington con su "choque de civilizaciones", los atentados terroristas del 11-S fueron un catalizador del mismo, pero conviene no perder de vista el propio panorama normativo internacional, y los acontecimientos mismos que tienen lugar en el mundo.

El panorama normativo internacional se constituye a partir de un equilibrio precario: entre unas normas e instituciones pactadas entre estados en un contexto

de enfrentamiento bipolar; y el hecho de que la contienda lo ganó el liberalismo. Es esa victoria la que ha definido gran parte de lo sucedido desde el fin de la Guerra Fría en el mundo internacional. Los fundamentos universalistas de la filosofía liberal tenían la posibilidad, y el reto, de un alcance planetario, y si existía la posibilidad de que hubieran valores en torno a los cuales cohesionar el mundo entero, su carácter moral cobraba sentido pleno. Pero la cohesión no se produjo, de hecho gran parte de los principales debates a nivel normativo es si, de hecho, es o no posible, acaso deseable, y en qué términos. Sin embargo esos valores, siguen siendo vistos como morales en la parte del mundo que tiene el protagonismo suficiente como para hacer de ello algo relevante (es muy importante tener presente que Appiah y Sen nos hablan, precisamente desde esta parte del mundo). Y el resto, más allá de asumirlos por sus implicaciones morales, lo hace porque el precio de salirse de la ortodoxia es prácticamente inasumible.

Los principales acontecimientos del mundo internacional en los últimos años para el pensamiento liberal han sido fundamentalmente dos: el proceso de globalización y el 11- S. La identidad resulta ser un tema de reflexión importante para las Relaciones Internacionales porque con este enfoque pueden abordarse todos los temas cruciales de la agenda política internacional, tal como la plantean las democracias liberales. Pero es que, además, acapara las capacidades de explicar dónde radica el problema de fondo y el modo de superarlo. Por ello, la lectura analítica de ambas obras en clave de complementariedad, tal como nos hemos propuesto, puede ser tan esclarecedora para la Relaciones Internacionales.

El concepto de identidad del que ambos parten (aunque, curiosamente sólo es mencionado en una nota al pie del libro de Sen), es el que en 1998, ya definiera Amín Maalouf en *Les indentités meurtrières [Las identidades asesinas]*<sup>4</sup>. Consiste en la intersección de todas las colectividades humanas a las que pertenezco que me individualizan y hacen "que yo no sea idéntico a ninguna otra persona"<sup>5</sup>. Para obtener una perfil más concreto y bastante exacto del modo en que estos autores conciben la identidad, en realidad sería suficiente con leer el primer capítulo de "*Identidad y Violencia*". Es allí donde encontramos todos los matices con que transformar esta voluntad de exclusividad individual, en un concepto analítico útil para el estudio de muchas de las facetas de la sociabilidad humana. La decisión de pertenecer a unas determinadas colectividades humanas ha de ser resultado de la elección libre del individuo sirviéndose, a la vez que limitado, por lo mismo: el vivir, de hecho, en una sociedad. Mediante esta adscripción razonada y voluntaria, el

individuo forja su identidad, la construye. En ningún caso la descubre (dejándose llevar con ello, al destino manifiesto de quienes pertenecen a esa colectividad). Más aún en el caso de características de un individuo que, por su propia naturaleza biológica (como la raza o el sexo), adscriben al individuo de manera automática, es posible un grado de autonomía que permita decidir qué importancia relativa concede el individuo a ese hecho. Este proceso mediante el que el individuo construye su identidad. Está repleto de tensiones con ideas que, de uno u otro modo, justifican intromisiones en el mismo. Particularmente el comunitarismo o el “choque de civilizaciones”.

La deriva de Appiah en el primer capítulo de su libro resulta bastante más metafísica. A partir de una combinación de ética individualista, lingüística y referentes literarios y filosóficos, traza las líneas de una argumentación que le llevará a sostener, de la mano de J.S. Mill, que *“el libre desarrollo de la individualidad es uno de los principios esenciales del bienestar”*<sup>6</sup>. Esta idea en el caso de Mill, sentó el referente fundamental de la moral liberal individualista. Appiah la retoma para dar un argumento de autoridad a su punto de partida, y la meta de esa reflexión consiste en dotar de valor moral al proceso de construcción de una identidad individual. El reto que plantea el hecho social, a este nivel, no supone un problema. La razón es que precisamente la sociedad es la que da sentido a este proceso. Es el escenario donde se va a actuar conforme a ella, con los guiones, las pautas de comportamiento que la colectividad marca, o al menos espera. Porque es aquí donde la jerarquía voluntaria entre las diferentes adscripciones es posible. En la sociedad, la deliberación del individuo acerca de “quién es” se va a manifestar en un “actuar como”. Y a partir de este rol, de esa exclusividad nacida de la interacción de los diferentes roles, va a tener la posibilidad de hacer una narración única de su propia vida. Esta la que haga uno mismo es, en última instancia, la que va a ser relevante. No las lecturas que se hagan de las identidades colectivas buscando la forma de gestionar la diversidad dentro de las sociedades, o buscando el enfrentamiento entre ellas. Critica con la misma, irónica, vehemencia las apuestas por el multiculturalismo dentro de los estados, que las respuestas a un enfrentamiento en nombre de las civilizaciones entre ellos. Afectan ambos extremos a la esencia identitaria del individuo. El multiculturalismo, con sus pretensiones preservacionistas de tradiciones y culturas ajenas al contexto en el que pretenden implantarse, está propiciando en nombre de la identidad de determinados grupos, unas segregaciones dentro de la sociedad que frenan la natural evolución de los individuos en sus acuerdos personales respecto a

las lealtades que mantienen. La intervención de las instituciones a este nivel frena estas evoluciones. Y desvirtúa el papel que debería tener el propio estado como propiciador de condiciones para el ejercicio de libertad de sus ciudadanos construyéndose su propia vida (papel que consiste tanto en ofrecer opciones, como en recordar límites).

Especial atención requiere la crítica a la idea de tolerancia en torno al *modus vivendi* que formulara John Gray en *Las dos caras del liberalismo*<sup>7</sup>. Para Appiah esta es una, entre otras, de las formas en que el multiculturalismo practicado evocando algo, de entrada, erróneo. Puesto que institucionalizar y dar valor legal a la diferencia constriñe, de un modo inaceptable, la libertad de las opciones de los miembros de la sociedad en su conjunto. Y muy particularmente de los individuos que, de uno u otro modo, se incluyen en esos colectivos identitarios cuya diferencia se acentúa con esta práctica política. Las buenas intenciones de la tolerancia, se topan con las implicaciones de su ejercicio.

Algo parecido, aunque de forma mucho más violenta y simplificada, sucede con el “choque de civilizaciones” sobre el que, de la mano de Sen, volveremos a continuación. Lo interesante de todo esto, es el modo en que las instancias de mediación entre un ser humano y la humanidad, pasan por su identidad. Y el valor que puedan tener las instituciones (políticas o culturales) en todo ello, es instrumental. Significativamente, ello posibilita pasar de hablar de la naturaleza de las más íntimas reflexiones del ser humano acerca de sí mismo al espíritu cosmopolita en apenas cinco (extensos) capítulos, sin que se quiebre la línea argumental del razonamiento.

La obra de Amartya Sen es la que se detiene en las implicaciones que para el mundo internacional pueden tener las lecturas erróneas de la identidad, y la eventual manipulación que las mismas hacen del concepto. La principal, tal como apuntábamos con anterioridad, se produce al esencializar la pertenencia a un grupo, y convertirla en el único modo de relacionarse con el mundo. Esta manipulación se evidencia en los planteamientos de Huntington, que no sólo describe las líneas divisorias, sino que las reconoce como auténticas líneas de quiebra y conflicto. Sobre ello versa el libro. Reacciona ante esta lectura del mundo internacional, en la que cabría incluir muchos otros pensadores y escuelas, de una manera explícita a los comunitaristas. Representarían algunos de sus planteamientos, continuidades manifiestas de la misma retórica que alimentó los

nacionalismos del siglo XIX. Su reacción consiste, precisamente, en remontarse a la raíz misma de la manipulación: la esencialización de determinadas características de la naturaleza humana por su pertenencia a un grupo que comparte una identidad cultural forjada a lo largo de la Historia.

La Historia misma, con los numerosos ejemplos ofrecidos a lo largo del libro, es un continuo de intercambios y deudas culturales de unas sociedades con otras. Los principales rasgos de los “culturalmente inconmensurables” bloques civilizatorios, presentan genealogías llamativas en muchos casos. Pero si hay algo casi tan histórico como los intercambios de ideas y prácticas, eso es la manipulación que el poder siempre ha hecho de la diferencia. Es la desigualdad de poder entre unos grupos y otros lo que transforma la diferencia entre ellos en algo esencialmente relevante. Y si llega a serlo no se debe a que esa diferencia sea naturalmente relevante, sino a que tanto el que define como el definido en torno a ella, se reconozcan en esos términos. La acción y su reacción.

Es Maalouf quien avanza hace diez años, la importancia de los términos en que esta diferencia se materializa en un contexto global. Y la raíz de la reacción contra una desigualdad real en el mundo internacional. Maalouf analiza el impacto de la modernidad a escala planetaria, haciendo hincapié en los factores específicos que se daban cita en unas sociedades que la recibían y copiaban en lugar de alcanzarla mediante una evolución propia. Este fenómeno que ha culminado del modo que leemos cada día en los periódicos, con una ortodoxia política e institucional de origen liberal occidental a aplicar en todo el mundo, deja tan sólo dos vías para la afirmación diferenciadora de estas sociedades. O lo que es lo mismo, dos posibilidades de reacción: la cultura y la religión (los ejes del criterio clasificador de Huntington). La religión resulta una quiebra especialmente peligrosa, porque, como nos recuerda el escritor, aún en su esencia las necesidades de pertenencia y de trascendencia del ser humano.

De modo que la razón por la que, finalmente resulta tan trascendente la identidad en el mundo internacional es porque la vocación universalizadora presente en cada alusión a lo global, diluye al individuo en medio de individuos, y cada rasgo que le define resulta crucial en un contexto como el que autores como Appiah y Sen plantean.

Lo hacen al desarrollar un final deseable (que por momentos hasta parece llegar a naturalizarse), a todo este proceso de construcción de la identidad

individual de un modo ideal (libre de constricciones indeseables y manipulaciones). Amartya Sen finaliza su deconstrucción de las manipulaciones esencialistas, y se plantea la alternativa en positivo. Parafraseando su propio título: desmonta la ilusión de una identidad esencial que prometa un destino, en cuya búsqueda está la raíz de la violencia. Con ello llega al planteamiento de una suerte de ciudadanía cosmopolita como marco donde encajar las decisiones libres de cada ser humano respecto a las lealtades y prioridades con que definirse.

Y es Appiah quien lo conceptualiza y analiza (no sólo en el último capítulo de este libro, sino también en su siguiente obra). El cosmopolitismo arraigado es la fórmula, o el fin natural del proceso. En su planteamiento debe lidiar con uno de los debates fundamentales del mundo internacional que se ha apuntado aquí con anterioridad: el del particularismo frente al universalismo. Y su respuesta al mismo es un compromiso entre ambos. Tomando como referencia la experiencia de su propio padre, aborda la cuestión teniendo presente que una combinación de ambos extremos es posible (él lo ha visto materializado). Y se sirve del ejemplo de los Derechos Humanos para, a través del giro lingüístico que avanzábamos, encontrar una base común para este tipo de ciudadanía global que se definirá, no por el sometimiento a una (por lo demás indeseable) autoridad mundial. Se articulará en torno a las capacidades del individuo para narrar una historia de su vida que le satisfaga, y que le conecte con el resto de los ciudadanos a través del diálogo y el intercambio de experiencias que le permitan proseguir con la misma gracias a estas nuevas aportaciones. Los términos universales son los instrumentos, las claves de referencia que posibilitan un entendimiento común. Los Derechos Humanos (adhiriéndose manifiestamente a lo sostenido por Michael Ignatieff en *Los Derechos Humanos como política y como idolatría*<sup>8</sup>) son el más claro ejemplo de esta posibilidad de entendimiento. El valor de lo universal desde este punto de vista, escapa a las críticas sobre su efecto homogeneizador. Si es éste el efecto de un conjunto de decisiones libres individuales, no es algo que deba criticarse. Peor sería perder un elemento sustancial de la posibilidad de emanciparse de todo tipo de determinismos, que un lenguaje comprensible por todo el mundo ofrece.

Para concluir extraer una conclusión con la que reflejar el principal valor de las obras, y a la vez su principal carencia. A la vez que queda patente lo relevante de la experiencia personal de los autores en toda su exposición (de hecho, con el “extra” de legitimidad que su propia experiencia y coherencia vital otorga a sus posturas), queda igualmente clara la naturaleza del problema que plantea su postura. La excepcionalidad de su experiencia junto a su formación adscripción a la

filosofía liberal como clave interpretativa del mundo, constituye un ejemplo paradigmático de final feliz para todo el proceso de construcción identitaria que plantean. No todo el mundo tiene la opción de realizar ese recorrido, no todo el mundo entiende de este modo las adscripciones a los colectivos humanos en que se integran. Sus consideraciones se sustentan en un espacio de libertad individual que, no por atrayente, puede confundirse con nada que tenga que ver con la moral. Porque si finalmente existe algo que nos haga humanos es poseer una dimensión moral, presente en todos los seres humanos pero de la que, de ningún modo se puede extraer una obligación como la de construir una identidad individual. No puede serlo porque el mundo, a partir de una manipulación (en este sentido, nada que objetar, la manipulación de la diferencia se da a todos los niveles de la experiencia humana) cuyas consecuencias son reales, limita esa libertad de un modo desigualitario e injusto, pero, a fin de cuentas, real. En este mundo, el hecho, es que sólo unos pocos privilegiados podemos subirnos al escenario a interpretar el papel que hemos escogido en libertad. Si negamos, desde el mundo del “deber ser”, la existencia de esa desigualdad real, todo el potencial emancipador del concepto de identidad que legan estas obras. Se convertirá en un elemento más que añadir a la larga lista de los que se mencionan al trazar las diferencias entre los seres humanos.

#### NOTAS:

---

<sup>1</sup> K. A. Appiah, ha escrito con posterioridad *Cosmopolitanism: Ethics in a world of strangers*, 2006 [*Cosmopolitismo: La Ética en un Mundo de Extraños*, Katz, Buenos Aires, 2007], obra donde prosigue y profundiza con las reflexiones abordadas en la que ahora nos ocupa.

<sup>2</sup> SEN, Amartya, *Identidad y violencia. La ilusión del destino*, Katz, Buenos Aires, 2007. [Título y año de publicación de la edición original: *Identity and Violence: The illusion of Destiny*, 2006].

<sup>3</sup> *Íbidem* p. 25

<sup>4</sup> MAALOUF, Amín *Las identidades asesinas*, Alianza Editorial, Madrid, Primera Edición 2004, 2007.

<sup>5</sup> *Íbidem*, p. 182

<sup>6</sup> APPIAH, Kwame Anthony, *La ética de la identidad*, Katz, Buenos Aires, 2007. [Título y año de publicación de la edición original: *The Ethics of identity*, 2005].

<sup>7</sup> GRAY, John, *Las dos caras del liberalismo*, Paidós, Barcelona, 2001.

<sup>8</sup> IGNATIEFF, Michael, *Los Derechos Humanos como política e idolatría*, Paidós, Barcelona, 2003.